

En su obra *Telebasura y democracia*, Gustavo Bueno, que al igual que Amando de Miguel impulsó la Fundación DENAES, el filósofo riojano analizó los nexos entre la tecnología de la llamada con desdén *caja tonta* y la ideología operante en las democracias de mercado pletórico. El libro reconstruye los cursos paralelos seguidos por los dos sustantivos que, unidos por la copulativa «y», componen su título. El reciente fallecimiento de Amando de Miguel ha hecho desaparecer a una de esas figuras televisivas que acompañaron el curso de un régimen democrático cuya verdad, parafraseando a Gil de Biedma, «desagradable asoma».

Nacido en la localidad zamorana de Pereruela en plena Guerra Civil, Amando de Miguel deja una extensa y variada obra de la que daremos algunas pinceladas. En 1958, publicó varios artículos en *Marzo. Órgano Nacional de las Falanges Universitarias*. En el titulado «Materialismo Histórico y Dialéctico» abordó la dicotomía omnipresente en los años de la Guerra Fría. En su escrito, crítico con las dos especies de materialismo, don Amando se distanció de las fórmulas simplistas empleadas por los que calificó como «anticomunistas de tela de cebolla». Un mes más tarde, apareció «¿Hacia una sociedad sin clases?». Lector de obras norteamericanas críticas con el marxismo en las cuales venían diluidos componentes positivistas y funcionalistas, De Miguel, que cifraba en la energía atómica muchas de sus esperanzas de desarrollo humano, atacaba ya el par burguesía/proletariado con argumentos de este tenor: «hoy no cabe hablar de la burguesía como un todo, como un absoluto romántico, y menos aún del proletariado y mucho menos todavía de la paulatina absorción por éste de las “clases medias”».

La publicación de esos artículos, escritos sobre el trasfondo un particular tiempo de silencio, el nuclear, sirve para ilustrar hasta qué modo Amando de Miguel manejó documentos y datos de lo más variado. Un flujo de información que rompe la caricatura que presenta al franquismo como un tiempo de hermetismo y ensimismamiento. La propia trayectoria del sociólogo así lo acredita. Un año después de la aparición de esos trabajos, España, ya en la órbita estadounidense, aprobó el Plan de Estabilización que puso punto y final a una autarquía que no fue tal, pues durante esa década desembarcaron en nuestro país diversos proyectos económicos, armamentísticos y culturales que sentaron las bases de una democracia homologable con un entorno, el europeo, al que tanto desde el franquismo como desde los movimientos antagonistas, no digamos desde las filas secesionistas que ven en Europa la estación término para olvidarse del yugo español, se trataba de acceder.

Fue en ese contexto en el que creció la figura de Amando de Miguel, pues la sociología se convirtió en compañera inseparable del régimen partidocrático español, ya sea para conocer los gustos e inclinaciones del consumidor que vota periódicamente ya para orientar su *libre* decisión ante las urnas. Formado en las universidades de Madrid y Columbia, mundo, el universitario, al que dedicó varios libros, el autor de *Homo Sociologicus Hispanicus* se afincó, durante la segunda mitad de los años 70 en la Barcelona que lanzó a Vargas Llosa y a García Márquez. Allí, según propia confesión, respiró un ambiente menos cargado que el que gravitaba sobre el Madrid ministerial. Sin embargo, también allí pudo comprobar hasta qué punto la Cultura, esa que Unamuno escribía con K, constituía una poderosa herramienta, una palanca en términos actuales, capaz de fracturar una sociedad cuyos dirigentes transitaron desde un abierto racismo a un supremacismo menos racialista y más acorde con los tiempos.

En 1981, su firma al pie del *Manifiesto de los 2.300* fue la antesala de su abandono de una Cataluña en la que, tras la cristalización, bendecida desde Montserrat, del grupo Cristianos Catalanes, emergió la figura de un Jordi Pujol que dejó por escrito su profundo sentimiento xenófobo. Xenófobo pero lúcido, pues el cabecilla del clan familiar aficionado a transportar *misales* a Andorra sabía perfectamente que la lengua, acaso con la bíblica Babel como referente, es una potente

arma divisora. Después de un confesado periodo de comprensión hacia las reivindicaciones lingüísticas, Amando de Miguel, como tantos otros, conoció el verdadero rostro de un catalanismo tan hispanóphobo como hábil en el manejo de trampantojos.

Probablemente de aquella traumática experiencia nació en el autor de *Los españoles bonitos* un mayor interés por la lengua española, a la que dedicó numerosos trabajos de madurez. Dicha preocupación corrió paralela a su implicación en asuntos más estrictamente políticos que sociológicos. Desde los inicios de la puesta en marcha de la Fundación DENAES, Amando de Miguel colaboró en las actividades impulsadas por dicha plataforma. La politización o, por mejor decir, repolitización, en la primera década del presente siglo, del considerado padre de la sociología española, vino motivada por las políticas impulsadas por Rodríguez Zapatero de las cuales es continuador Pedro Sánchez. Amando de Miguel escribió, sobre todo en prensa, contra el proyecto de balcanización de la nación española impulsado por la socialdemocracia con domiciliada en Ferraz. Su alineamiento con los postulados de DENAES le llevó a vincularse al partido Vox, al que consideró la única opción viable de salvaguardia de la soberanía nacional hoy nuevamente amenazada bajo la fórmula discriminatoria de una «España multinivel» que encubre privilegios y servidumbres. Su decidida defensa de la nación española adquirió una mayor escala, una escala iberosférica, a partir de su integración en la Fundación Disenso, de la cual fue patrono hasta su fallecimiento.

Amando de Miguel ha muerto, pero deja tras de sí una ingente obra, una variada colección de catas estratigráficas a las que ha de acudir para acceder a instantes puntuales de la sociedad española pero también a invariantes y líneas inerciales de la España de las últimas seis décadas en las que se dio el éxodo rural, el *autootorgamiento* de la Constitución «de nacionalidades y regiones», el ingreso en el club europeo y la llegada de ideologías marcadamente identitarias a las que, a buen seguro, hubiera prestado atención.